

KIRSTY WARK

EL LEGADO

Traducción del inglés de
María Porras Sánchez

alevosía 

A mi padre

*There you stood at the edge of your feather,
Expecting to fly.
While I laughed
I wondered whether
I could wave goodbye,
Knowing that you'd gone.*

Y ahí estabas al borde de una pluma,
Deseando echar a volar.
Mientras yo me reía
Y me preguntaba
Si me podría despedir,
Pues sabía que te marcharías.

Expecting to Fly,
NEIL YOUNG

ELIZABETH

Holmlea
Shore Road, 20
Lamlash
Isla de Arran

1 de enero de 2006

Querida señora Morrison:

Hace mucho tiempo, hará casi treinta y cuatro años, usted me escribió para solicitarme que la avisara en el caso de que tuviera intención de vender mi casa. Siempre he tenido claro que no habría sido capaz de vivir en ningún otro sitio y por este motivo no vi razón para contestarle. He vivido en esta casa desde que tenía ocho años y, aunque ahora soy lo que la gente suele llamar un «vejestorio» y mi salud es frágil, hasta el momento siempre me las había arreglado perfectamente para vivir sola. Ya me queda poco para abandonar este mundo. Le he confirmado a mi médico que me trasladaré a una residencia de ancianos para causarle menos problemas y, finalmente, he cerrado la casa.

No tengo familia, todos fallecieron. Soy la única que queda con vida.

Recuerdo perfectamente el verano que usted echó la carta por mi puerta. Yo me había resguardado del calor en el comedor para coser cuando oí la tapa del buzón. Me sorprendí tanto que me clavé la aguja en el dedo y derramé una gota de sangre en la tela.

La veía casi todos los días, empujando su cochecito de bebé por Shore Road, con su pelo largo revuelto y su falda de colores

vivos inflada por el viento. Parecía muy joven. El sonido de su voz llegaba hasta mi jardín cuando le cantaba a su hija, o puede que solo fuera la cadencia de sus palabras cuando se dirigía a la niña y ella le respondía con su balbuceo. Recuerdo que en una ocasión usted me saludó con la mano, me parece que inclinó la cabeza a modo de respuesta. Quizá usted no me vio. Hay veces en las que esa escena se me presenta de una manera muy vívida y me pregunto qué habrá sido de las dos. Yo he pasado toda mi vida en la isla.

He dado instrucciones a mi abogado para que le escriba a la dirección que figuraba en su carta. Si la desea, la casa de Holmlea es suya. Si mi abogado no recibe noticias suyas en tres meses, o si nos escribe para contarnos que ya no está interesada en vivir aquí, él seguirá unas instrucciones alternativas.

No me cabe duda de que esta idea le puede parecer un poco disparatada pero, si usted todavía cree que mi casa es «la más hermosa de Lamlash» y decide venir aquí a vivir, solo le pido una cosa: que cuide bien de mi jardín. Para mí ha sido una continua fuente de paz y alegría.

Atentamente,
Elizabeth Pringle

MARTHA

Martha apoyó la mano en la robusta verja de hierro. Al tirar de ella, fue recibida por su chirrido habitual, como si se resistiera. Las otras casas victorianas en la calle The Oval parecían arremolinarse a su alrededor, observándola, percatándose del cuello estirado, los labios apretados con firmeza y la mirada preocupada. Los altos árboles a ambos lados del camino se destacaban contra el cielo gris de Glasgow del mes de marzo, sus ramas delgadas formaban un dosel intrincado. Cuando echó a andar hacia la familiar puerta roja, el sonido de la grava bajo sus pies fue implacable. Apenas había pasado un mes desde su última visita, pero Martha tenía un mal presentimiento, como si cargara con el peso de una losa de granito en el pecho que, unido a un agudo sentimiento de pérdida, amenazara con cortarle el aliento.

Anna Morrison ya no estaba en casa. Ya no había nadie para recibirla con alegría.

Martha entró en el recibidor y se encontró con que una alfombra de cartas cubría el suelo de madera. La asaltó el silencio sepulcral. Las puertas que daban a las habitaciones estaban abiertas, como si suplicaran compañía. Inspiró el aire rancio, impregnado con el aroma acre propio de las tiendas de segunda mano donde se mezclan los jerséis con los abrigos y las tazas de porcelana antaño preciadas, restos de vidas pasadas abandonadas a toda prisa.

Se sentó pesadamente ante la vieja mesa de pino de la cocina, marcada de manera indeleble por los acontecimientos de la vida familiar —un cerco de café que nunca llegó a borrarse, el rastro

de una línea de escritura— y observó el cuadro de la pared de enfrente donde ambas aparecían. Martha, una niña sentada en la rodilla de Anna, vestida con una blusa blanca bordada con rosas y una falda acampanada encarnada, con las piernas extendidas y los pies descalzos, mientras su madre la abrazaba sin dejar de mirarla. A Martha siempre le había recordado a una pintura de Mary Cassatt. Quizá esa había sido la intención del artista pero, como a Susie le encantaba señalar, era una mala imitación.

La gente decía que Martha guardaba un gran parecido con su madre: los mismos ojos grandes y marrones, la frente amplia y el cuerpo esbelto. Pero, sobre todo, los amigos coincidían en que compartían una sonrisa hermosa. A Martha los cumplidos la avergonzaban y la complacían igualmente. Pero, mientras contemplaba su habitación favorita de la casa, se vio reflejada en el viejo espejo moteado y advirtió que su pelo cobrizo estaba apelmazado y que tenía arrugas de preocupación entre las cejas arqueadas. Hoy sí que aparentaba sus treinta y cinco años.

Martha llevaba puesto un cárdigan de cachemir color gris, su favorito, y unos vaqueros que se había comprado para celebrar su primer pie de autor en el periódico *The Caledonian*. Aunque le encantaba el tacto del cárdigan, bajo esa luz acuosa la prenda le daba un color macilento a la cara y Martha fue consciente de lo demacrada y alicaída que debía de parecer.

En una esquina del espejo había colgado un collar de cuentas de ámbar unidas por bramante marrón. En el fondo, Anna Morrison nunca dejó de ser una *hippy*, a pesar de que rondaba los sesenta. Martha, que siempre se avergonzó de la pasión inquebrantable de su madre por las faldas largas y las pamelas, ahora echaba de menos su saludo habitual —«Hola, preciosa, ¿cómo estás?»— y el abrazo envolvente que le seguía, a veces demasiado ansioso, aromatizado con perfume Rive Gauche y cigarrillos de liar.

Martha cerró los ojos y enlazó los fragmentos de una antigua conversación mantenida a altas horas de la madrugada, con las dos sentadas junto a la mesa de pino a la luz de las velas.

—Pero ¿de verdad nunca sentiste que te perdiste muchas cosas por tenernos tan joven?

—¿Qué me iba a perder? Las dos fuisteis una bendición para nosotros —había contestado Anna con serenidad.

—Pero tu carrera apenas si acababa de comenzar y ¡bien sabe Dios que siempre nos estás diciendo que el mundo nos está esperando!

—Amaba a vuestro padre y quería tener hijos con él. —Martha recordó que a su madre le había fallado la voz y que se había pasado la mano enojada por el brazo antes de continuar en voz baja—. Y todo salió bien, ¿verdad?

Martha giró la cabeza hacia la ventana, donde había un *collage* pegado al cristal hecho con trocitos de papel de seda que en su día fueron de color vivo. Los trozos desvaídos de naranja, morado y azul filtraban los rayos del sol arrojando motas de color a la habitación, pero hoy los matices parecían opacos y amazotados. En el borde del *collage* se leía: «Susie, con seis años, inspirada en Matisse». Sujeta con un clip había una foto acartonada de una niña sosteniendo el *collage* junto a un hombre joven en cuclillas que sonreía con orgullo: era su padre, John Morrison. Ambos elementos llevaban pegados al cristal desde que Martha tenía uso de razón. Ni ella, ni Anna, ni mucho menos Susie estaban dispuestas a quitar la foto.

Martha se dirigió a la repisa sobre el horno de leña y tocó todos los objetos familiares: los candelabros de cerámica Wemyss decorados con rosas encarnadas que ella le había regalado a Anna en las Navidades de hacía dos años y el reloj portátil eduardiano con esfera a cuadros que habían encontrado en una de sus expediciones a los bazares de viejo. El reconfortante tictac había enmudecido.

Martha buscó debajo la llavecita y, tras darle la vuelta al reloj, levantó un disco de latón y le dio cuerda hasta que el aparato volvió a la vida. Ajustó las manecillas y dio un paso atrás para admirar el resultado, oyendo cómo la cocina se llenaba con el tictac, tictac.

Paseó la mano por encima de la botella vacía de champán Krug que se habían bebido para celebrar la licenciatura de Martha en Literatura Inglesa, con su nombre y la fecha garabateados en la etiqueta. Levantó el tarro que había al lado, repleto de trozos de cris-

tal y fragmentos de porcelana de colores recolectados al borde del mar, atesorados con esmero en playas lluviosas y salobres, y lo hizo girar entre sus manos, observando cómo las formas caían unas sobre otras describiendo motivos caprichosos que mutaban sin cesar.

Cuando estaba a punto de dejar el tarro de nuevo sobre la repisa, se fijó que descansaba sobre una carta. El sobre, dirigido a la señora A. Morrison y con el distintivo de envío urgente, había sido abierto apresuradamente y vuelto a cerrar a duras penas. La ansiedad que últimamente acompañaba a Martha a todas partes le atenazó el pecho al extraer del sobre una hoja de color crema. La carta, de un bufete de abogados de Glasgow, Hardie and Lynch, era breve y formal y en ella solicitaba a la señora Anna Morrison que se pusiera en contacto con Fergus Hardie tan pronto como le fuera posible.

Martha permaneció inmóvil. El sonido del reloj le pareció más estridente y más brusco y el tráfico distante más atronador. Volvió a sentarse en la mesa pesadamente y dejó caer la frente sobre los brazos, preguntándose si su madre habría hecho algo inapropiado.

Instintivamente buscó la fotografía del marco de plata bruñida de la librería. Anna llevaba un vestido largo de cambray bordado, una corona de flores en el pelo y se intuía el brillo de unos pendientes indios largos. Su padre rodeaba firmemente a Anna, sonreía con un puro en la boca bajo su bigote al estilo Zapata, mientras sus botas vaqueras le añadían centímetros a su ya de por sí alto y enjuto cuerpo. Según las historias de Anna, 1969 fue un año redondo. Bailaron al ritmo del *Lay Lady Lay* de Dylan al final de la boda. Años después, siendo Martha pequeña y Susie un bebé, John Morrison las había abrazado y les había cantado la misma canción hasta que se dormían.

Martha se quedó mirando la foto de su padre, tratando de recordarlo, deseando que estuviera ahora con ella. Le vino a la mente el día en el hospital que fue testigo de cómo su respiración jadeante y entrecortada se detenía tras un último suspiro. Anna había dejado caer la cabeza en su pecho y, a su lado, Susie lloriqueaba, aterrorizada. Sucedió el día del dieciséis cumpleaños de Martha.

Las oficinas de Hardie and Lynch se encontraban en la última planta de un bonito edificio de arenisca clara en el corazón de la ciudad. Martha había decidido caminar desde el West End para disfrutar del sol de la mañana, con la esperanza de sacar fuerzas de las calles sólidas y rectas de la grandeza victoriana de Glasgow. De vez en cuando se detenía a observar el detalle de una ventana curva, sus vidrieras color esmeralda y azul que hablaban de glorias marineras pasadas. Acertó a distinguir el borde de una cara angelical enmarcada por rizos de arenisca roja, que antaño orientara con sus soplos los barcos mercantes hacia el este, a China, o quizá al oeste, a Nueva York.

Al llegar a Gordon Street pasó entre las dos estatuas alegóricas de Britania que flanqueaban la entrada y empujó unas pesadas puertas de caoba. Una placa de bronce anunciaba que el despacho de Hardie and Lynch se encontraba en la última planta. Comenzó a subir unas escaleras de piedra que discurrían entre paredes de azulejos pintados envuelta en el eco de sus pasos. Oyó la vibración del ascensor al pasar junto a ella en un ascenso renqueante y también los murmullos apagados de voces en el interior.

La joven recepcionista tras el escritorio de Hardie and Lynch lucía una máscara de maquillaje naranja y una expresión huraña. También llevaba una camisa blanca ajustada abierta que dejaba al descubierto el encaje de un sujetador rosa fluorescente. Fue como si Martha oyera despotricar a su madre con uno de sus comentarios favoritos: «¿Tú qué crees, Martha? ¿Acaso el feminismo fue un espejismo? Quizá fuera cosa de aquellas setas alucinógenas». Martha se quedó mirando a la chica. Pensó que quizá el feminismo le importara un bledo, pero tenía pinta de estar dispuesta a plantarle cara a quien hiciera falta en una pelea.

—Hola. Tengo una cita con el señor Hardie.

La recepcionista se limitó a inclinar la cabeza y a levantar el auricular, anunciando la llegada de Martha con la misma voz aburrida que había empleado para contestar el teléfono cuando ella había llamado a la oficina. Luego, casi sin mirarla, le indicó que continuara por el pasillo.

Martha llegó a una puerta donde estaba escrito el nombre de Fergus Hardie en letras doradas, justo cuando esta se abrió desde dentro. Apareció un hombre alto con aspecto distinguido y un traje de *tweed* de buen corte que le estrechó la mano.

—Por favor, señorita Morrison, pase —le dijo, con una sonrisa cálida.

La estancia ocupaba una esquina y era enorme, llena de librerías acristaladas atestadas de literatura jurídica. Sobre la moqueta había una alfombra persa y, en el escritorio de Fergus Hardie, había montones y montones de carpetas sobadas apiladas y atadas con cintas rojas y rosas que amenazaban con engullir al abogado.

—Siéntese. Gracias por venir con tanta celeridad. Cuando llamé por teléfono le indicé a Fiona que tenía un poder notarial para representar a su madre y el motivo. Eso está bien.

—¿Ha pasado algo terrible? ¿Ha hecho algo a mi madre?

—Le puedo asegurar que no es nada malo, pero quizá esto resulte un tanto sorprendente, de modo que le daré estos documentos para que los lea y luego podremos hablar.

Fergus Hardie estaba de pie ante ella. Era un hombre curtido por el tiempo, Martha calculó que rondaría los setenta años. Sus ojos gris claro la miraban amablemente. Tenía dos cartas en la mano y le indicó que se sentara en un sillón de cuero junto a su escritorio.

Cuando se disponía a leer la primera, él le ofreció un whisky.

—Un poco de Ardbeg es justo lo que le conviene.

Martha miró la primera hoja y le sorprendió distinguir la hermosa caligrafía de Anna. Tomó un buen sorbo del vaso, agradeciendo la sensación ardiente que dejaba el whisky de malta al atravesar la garganta.

Julio de 1972

Querida señorita Pringle:

Espero que no le importe que le escriba de sopetón. Usted no me conoce, pero casi todos los días del último mes he pasado por Shore Road con el cochecito azul de mi hija Martha y, a ve-

ces, la he visto trabajando en su hermoso jardín. La he saludado con la mano y es posible que usted me haya visto a lo lejos. Mi marido y yo estamos pasando el verano en el anexo de una casa junto a Hamilton Terrace.

Bueno, espero que no piense que soy una maleducada o una presuntuosa, pero llevo años viniendo a la isla y, de todos los pueblos de Arran, Lamlash es el más bonito y su casa la más hermosa de todas. Si alguna vez se decide a vender, ¿le importaría hacerme saber? ¡Si yo fuera usted no me marcharía nunca! Qué maravilloso debe de ser recorrer las cortinas todas las mañanas y disfrutar de la vista de la isla de Holy en medio del mar. Solamente por si acaso, incluyo un sobre franqueado con mi dirección.

Atentamente,

Anna Morrison

Martha sintió como si algo le atenazara la garganta y le cortara la respiración. Sin reparar en la habitación y en Fergus Hardie, que estaba sentado frente a ella, recordó cómo era entonces el rostro de su madre. Le sonreía desde algunas fotografías enmarcadas en el dormitorio de Anna. Su madre inclinada sobre el cochecito de bebé de Martha, con el pelo largo alborotado por la brisa.

Martha, con los ojos un poco llorosos, volvió a la realidad. Se sonrojó y miró a Fergus Hardie hecha un lío. Él le sonrió y le hizo entrega de la segunda carta.

—El deseo de su madre por fin se ha hecho realidad.

Martha examinó la letra frágil pero instruida del papel y, mientras asimilaba la oferta que contenía la carta de Elizabeth Pringle, miró al abogado sin entender.

—¿Qué significa esto? —le espetó—. ¿Que la casa es de mamá?

Fergus Hardie asintió.

—Vayamos poco a poco, si no le importa —dijo él amablemente, uniendo las puntas de los dedos ante sí.

—Pero es demasiado tarde para mi madre. Puede que ni siquiera lo entienda.

El abogado levantó una mano.

—Puede que haya una solución. Depende de usted. Lo primero

es lo primero. Le contaré cómo sucedió todo esto. —Se llevó el vaso de cristal tallado a los labios y dio un largo trago de licor dorado—. Una de las pocas alegrías que conlleva mi profesión es que me pidan que haga algo misterioso. Elizabeth Pringle me describe como su abogado cuando, en realidad, nunca la conocí en persona. Quizá fuera clienta de mi padre, pero lo cierto es que lo he investigado a fondo y no he encontrado nada sobre ella en los viejos archivos. —Bebió otro trago—. Hace dos meses me envió las cartas que usted acaba de leer junto con una serie de instrucciones. Una semana más tarde su médico de cabecera me hizo saber que había fallecido y entonces me envió el consiguiente certificado de defunción.

—Parece algo increíble... después de todos estos años.

—Coincido en que puede parecer increíble pero, en realidad, es bastante sencillo.

—¿De verdad? ¿Quiere decir que mi madre podría quedarse la casa si quisiera?

—Bueno, usted actúa en su nombre, de modo que puede tomar la decisión por ella. —Fergus Hardie se inclinó sobre su escritorio—. Señorita Morrison, si se decide a aceptar la oferta de Elizabeth Pringle, la casa y todo lo que contiene pasará a pertenecerle. Lo he comprobado todo. Al parecer estaba completamente lúcida. Tenía noventa y cinco años cuando murió y, tal como dejó escrito, no tenía parientes. Por lo que tengo entendido nadie reclama su herencia. Y tengo la libertad de decirle que, aparte de algunas contribuciones modestas a unas organizaciones locales, este es el grueso de su legado.

La mente de Martha iba a mil por hora.

—Pero tengo una hermana menor, ¿qué pasa con ella?

—Eso depende por entero de usted. El poder notarial le otorga solo a usted la potestad de decidir. Evidentemente, puede discutirlo con ella si lo considera oportuno.

Martha apartó la vista un instante. Susie. Había decidido quedarse en Copenhague a pesar de que la salud de Anna estaba empeorando. Le vino a la cabeza una imagen de su madre tres años antes. Las dos riendo en la playa con una copa de más, madre e

hija de picnic, sentadas de espaldas a Shore Road, durante una escapada de fin de semana a Arran. Y, aun así, ella nunca mencionó la casa ni la carta. Martha sentía una opresión en el pecho. Claro, incluso entonces, Anna había empezado a olvidar.

La voz tranquilizadora de Fergus Hardie la sacó de sus recuerdos.

—Señorita Morrison, todo esto debe de parecerle un poco irreal. No hace falta que tome una decisión ahora mismo.

Martha se incorporó y apuró su vaso. Luego lo miró a la cara.

—Lo siento, esto es muy raro pero, por extraño que parezca, encaja. Puedo imaginarme a mi madre escribiendo esta carta. Es la clase de cosa que haría. Me recuerda cómo era antes... En realidad es un sentimiento agradable.

Se detuvo y luego experimentó un escalofrío repentino.

—Hubo un tiempo en que mi madre era impulsiva y la gente dice que soy igual que ella.

Fergus Hardie se encogió de hombros y levantó las manos como si dijera «no tienes nada que perder». Martha vio que tenía dos llaves en la mano.

—Mire, esto no es demasiado ortodoxo, pero ¿por qué no coge las llaves y va a echarle un vistazo a la casa? Después de todo, solo es cuestión de cruzar el estuario del Clyde.

Parecía dubitativo.

—¿Llevará a su madre consigo? —Martha negó con la cabeza y Fergus Hardie se apresuró a continuar—. Disculpe, en realidad eso no es asunto mío.

—No, no pasa nada. En el hospital quieren tenerla en observación mientras le realizan las pruebas. —Martha sintió que le picaban los ojos—. Y, de todos modos, sería demasiado confuso para ella.

Fergus Hardie sonrió como un hombre que había sido testigo de toda clase de traumas familiares dentro de los confines de su despacho. Se levantó y rodeó el escritorio para entregarle las llaves.

—Ya veo. Bueno, no me cabe duda de que usted es la más indicada para juzgar qué hacer. *Bonne aventure*, señorita Morrison.

Martha echó a andar bajo la cálida luz primaveral y, con los rayos del sol dándole en la cara, repasó la conversación mantenida con Fergus Hardie. No daba crédito a lo que acababa de suceder y, aun así, todo era de lo más simple. Los episodios de angustia, las preocupaciones y los momentos de pánico de las últimas semanas se disolvieron y Martha notó una sensación burbujeante en el estómago. Entusiasmo. La posibilidad de una vía de escape. Sí, era una sensación egoísta, incluso temeraria, pero era innegable, razonó Martha, que había sido la propia Anna la que le estaba ofreciendo esa oportunidad, la Anna que una vez había sido joven, deslumbrante y testaruda. ¿Qué derecho tenía Martha a negarle el sueño a su madre, a pesar de que la memoria de Anna se estuviera desintegrando como un diente de león que inclina la cabeza bajo la brisa?

Una vez tomada la decisión, Martha elaboró mentalmente una lista de asuntos pendientes y fue derecha al cibercafé más cercano. El primer correo electrónico que escribió iba dirigido a la hermana Adabayo, en el hospital Kingswood.

Querida hermana Adabayo:

He recibido el informe del especialista, de modo que imagino que mi madre tendrá que quedarse en Kingswood para hacerse más pruebas. Estoy muy agradecida por todo lo que usted está haciendo por ella. Tenía pensado ir mañana al hospital, tal y como habíamos hablado, pero seguramente vaya al día siguiente. ¿Cree que supondrá alguna diferencia para ella? El hecho de que no esté angustiada me tranquiliza mucho.

Saludos cordiales,

Martha

Martha se quedó mirando la última frase. ¿Sería cierto que Anna no estaba angustiada?

El primer contacto de Martha con el hospital Kingswood había tenido lugar casi un mes antes. Era una broma cruel, pensó ella, que el viejo hospicio de tuberculosos tuviera la apariencia de una fortaleza noble construida para albergar a los enfermos en lugar

de para repeler al invasor. El hospital estaba rodeado de robles altos que lo custodiaban como guardianes sabios y compasivos, que habían vigilado a los pacientes afligidos y asustados de dos eras distintas. Los primeros habían sido azotados con una temible enfermedad que los dejaba sin aliento, los segundos habían sido maldicidos con una dolencia distinta, una que, a veces a toda velocidad y otras despacio, privaba a las personas de su propia historia.

El césped estaba decorado con matas de narcisos blancos pero, frente al optimismo de un día de principios de primavera, el hospital manchado de hollín parecía exhausto, como si se hubiera cansado de recomponer unas vidas que se obstinaban en distorsionarse y desaparecer.

—No es muy bonito, ¿verdad? Pero te prometo que no es tan sombrío como parece. —Así intentó animarla la hermana Adabayo aquel primer día tan terrible—. Es importante que sepas que tu madre no está angustiada.

Martha había seguido a la enfermera por el pasillo vacío hasta un ala cerrada.

—Tu madre... ¿Puedo llamarla Anna? —Martha asintió distraída—. Ella se encuentra cómoda y sabe que aquí está segura. —La hermana Adabayo se detuvo junto a una puerta metálica deslucida e introdujo el código de seguridad—. Pero me temo que hemos advertido un deterioro considerable desde que se hizo la última resonancia magnética.

Martha había retrocedido, como si le hubieran propinado una bofetada.

—¿A qué se refiere? ¿Qué resonancia magnética? —El rostro amable de la enfermera flotaba ante ella.

La hermana Adabayo la sostuvo con ambos brazos.

—Lo siento mucho, pensé que lo sabrías. —Martha se sentía a punto de desmayarse—. Según sus notas se lo diagnosticaron hace tiempo. —La hermana Adabayo continuó hablando pausadamente—. Tu madre no deseaba alarmarte. Estoy segura de que se trataba de eso.

Martha estudió los ojos oscuros que le sostenían la mirada con determinación, sin saber de qué lado estaba la enfermera y le espetó:

—No estará de acuerdo con eso, ¿verdad? ¿No cree que debería habérmelo contado? —Martha pugnó por contener las lágrimas—. Oh, Dios, no quiero enfadarme cuando la vea, pero todo esto es una pesadilla —levantó la voz—. Lo compartimos todo. ¿Por qué coño no me lo contó?

—Quizá, si te cuento un poco más antes de que entres, sea más llevadero para ti.

Martha le dirigió a la hermana Adabayó su sonrisa más lánguida.

—De acuerdo, hermana. Hágalo, por favor. Lo siento. He sido muy desconsiderada.

Ella se dio cuenta de que la enfermera inspiraba hondo.

—Se hizo la resonancia hace cuatro años.

—¿Qué? —Una mezcla de alarma y de dolor le taladró la cabeza a Martha—. ¿Entonces ella sabía desde entonces que padecía alzhéimer? ¿Hace tantísimo tiempo? ¿De verdad?

—Sí, pero no hay dos personas iguales. No es fácil predecir la velocidad a la que se deteriora un paciente.

Martha se apoyó contra la pared.

—No, pero ella debería haberme prevenido sobre esto. Y a Susie también. Hemos tomado decisiones que...

—Quizá tu madre quería que las dos fuerais libres de tomar esas decisiones.

Martha soltó un bufido.

—Pero mire lo que ha ocurrido. En su época hizo cosas bastante extravagantes, pero nada comparado con esto.

—Por favor, Martha. —La voz de la hermana Adabayó era más firme—. Sé paciente con ella, por el bien de las dos.

A medida que avanzaban por el pasillo, Martha trató de evitar mirar las habitaciones, desde donde se filtraban distintos sonidos: el murmullo de una radio solitaria, tarareos, palabras repetidas una y otra vez y, en ocasiones, una figura silenciosa apenas entrevista derrumbada sobre una silla. Finalmente, la enfermera se detuvo ante una puerta medio abierta y se apartó para dejar paso a Martha.

Anna estaba sentada de espaldas a la puerta, al borde de la cama, mirando por la ventana. Tenía echado sobre los hombros

caídos su cárdigan de cachemir favorito y el pelo peinado hacia un lado y recogido con una pinza. Martha se sintió tan abrumada que se obligó a respirar despacio.

—Mamá —la llamó en voz baja, tratando de que no le temblara la voz.

Anna se giró y se acercó a su hija apresuradamente. Se abrazaron con fuerza, tratando de desterrar el miedo, que era tan latente como un dolor agudo.

—Oh, mamá, me alegro tanto de verte.

—Martha, ha sucedido algo terrible. Estaba tan asustada.

—Lo sé. —Martha guio a Anna hasta el borde de la cama y se fijó en que la enfermera se retiraba de la habitación—. Podemos hablarlo, no pasa nada.

—¿Cuándo he llegado aquí?

—Llevas aquí dos días. He llegado tan pronto como he podido. Estaba en Nueva York haciendo una entrevista para el periódico.

Anna la miró sin comprender, luego sus ojos centellearon y agarró con fuerza la mano de su hija, levantando la voz como si estuviera invadida por el pánico.

—No tengo ni idea de dónde estoy. ¿Qué es este sitio?

—Estás a salvo, te lo prometo. —Martha la rodeó con sus brazos, advirtiéndole sus huesos prominentes—. Estás en el hospital Kingswood. Ya sabes, cerca de casa. Estamos apenas a diez minutos.

—Pero ¿por qué? ¿Qué ha sucedido? —preguntó Anna con una vocecilla temblorosa.

Martha apenas podía soportarlo; la voz de su madre, siempre confiada y entusiasta, reducida a un susurro patético. La estrechó con más fuerza.

—Cuando el equipo de limpieza llegó al museo Kelvingrove te encontró en los escalones de la puerta, en camión..., y el médico cree que llevabas allí desde primeras horas de la madrugada. —A Martha le falló la voz—. Mamá, sufrías hipotermia. Podrías haber muerto por congelación.

Martha observó mientras el recuerdo atravesaba los ojos de Anna como si fuera una noticia de un antiguo boletín. Su madre se miró las manos y se aferró a su alianza de oro.

—Lo siento mucho, Martha. ¿Por qué haría eso? —Su voz era apenas audible—. Qué vergüenza.

Los ojos de Martha se inundaron de lágrimas y volvió la cabeza rápidamente para secárselas.

—No lo sé. Quizá estabas pesando en un cuadro del museo. Conoces tan bien la colección...

La idea quedó suspendida en el aire por un momento hasta que Martha se atrevió a preguntar, intentando que su comentario sonara tranquilo y casual:

—Mamá, ¿por qué no me contaste que te habían hecho una resonancia magnética hace poco?

—¿Eso hice? ¿Por qué iba a hacer algo así?

—¿Sabes a lo que me refiero?

—Por supuesto que sí. —De repente, Anna parecía irritada—. Tengo que volver a casa. Tengo cita en la peluquería y Susie volverá para la hora de la cena.

—Susie está en Dinamarca, mamá, y estuvimos juntas en la peluquería el mes pasado. ¿Te acuerdas? George y tú estuvisteis cotorreando sin parar sobre esto y aquello. Juraría que se da más prisa en hablar que en cortar el pelo.

El silencio pesaba como una losa sobre las dos mujeres. Martha había contradicho a Anna, algo que venía sucediendo cada vez con más frecuencia. Había desencadenado peleas cuando antes nunca las tenían.

Anna tenía el rostro surcado de lágrimas. Anna, a la que sus amigos admiraban tanto por sus ganas de vivir, estaba perdiendo el control de sí misma. Era como si las palabras de su hija le llegaran desde el otro lado de un muro elevado.

—Mamá, quiero llevarte a casa, pero no puedes estar allí tú sola. Eres consciente de eso, ¿verdad? Necesito encontrar alguna solución para que no estés sola.

Martha se estremeció, recordando lo desolada que se había sentido, lo mucho que había deseado que Susie y ella pudieran encargarse juntas de las repercusiones. Al levantar la vista del correo electrónico distinguió a dos chicas musulmanas delante de

ella riéndose frente a la pantalla, con las cabezas juntas, envueltas en velos brillantes que creaban una mancha de color. A su alrededor otros chicos, quizá estudiantes de Letonia, de Boston o de Belfast, estaban concentrados frente a sus monitores. Se quedó pensando en sus vidas, en sus padres, en sus secretos, en lo poco que las personas saben las unas de las otras, cada una conectada a su propio mundo.

Cruzó la mirada con una de las chicas musulmanas, que le sonrió. Martha le devolvió la sonrisa, preguntándose si su rostro habría traicionado sus pensamientos.

Tecleó la dirección de correo del director del periódico.

Hola, Tom: muchas gracias por encargarte de gestionar mi baja por motivos familiares. Te agradezco mucho poder disponer de este tiempo. Ha sido un buen susto, pero mi madre está en buenas manos, lo cual es un alivio. Tengo que encargarme de resolver varios asuntos. ¡Uno de ellos es una sorpresa de lo más estrambótica! Quizá me pida unos días sin sueldo después de todo. Te mantendré informado. Besos, Martha.

Tom McMillan, esa vieja cabeza que descansaba sobre unos hombros más jóvenes, había sido un apoyo constante para Martha y siempre le había dado sabios consejos. Era un hombre de cuarenta y cinco años con aspecto de ratón de biblioteca al que no se le escapaba nada, sobre todo las miradas de soslayo de unos reporteros y redactores agotados y aficionados a la cerveza —los pocos que quedaban—, sometidos a las exigencias de los propietarios del periódico para que hicieran más por menos. Apoyado por su esposa, que era abogada, y un puñado de hijos, él encajaba los golpes de ambas partes, mientras intentaba alentar a los más jóvenes, como Martha. Él era consciente de que, en poco tiempo, sus futuros dejarían de estar en sus manos.

Martha accedió a la página web del servicio de ferris Caledonian MacBrayne y reservó plaza en uno de los barcos de la tarde con destino a Arran. Dos horas después emprendía el pequeño trayecto hasta la costa de Ayrshire en el Volkswagen Escarabajo de

Anna, plantándole cara al día frío y despejado con su parka forrada de piel, las gafas de sol puestas y la capota quitada.

Tras atravesar el pequeño pueblo de Dalry, le pareció advertir el aire salobre del mar en los labios. Un mantra de su madre le vino a la cabeza, solía repetirlo cada vez que pasaban por ese punto exacto de la carretera, contagiándolas con su entusiasmo: «¡Chicas, chicas! ¿Oléis el mar? Eso quiere decir que casi hemos llegado al ferri».

Al ir a tomar una curva abierta Martha distinguió una nueva incorporación al paisaje, un bosque de molinos de viento plateados que surgían del páramo, centelleando al sol de la última hora de la tarde. Redujo la velocidad del coche para poder oír el chirrido sombrío de las aspas al surcar el aire y se maravilló ante su elegancia y por la forma en que los sólidos postes se erguían sobre la tierra. A medida que la carretera ascendía ellos se iban hundiendo airosamente entre los helechos, hasta desaparecer de la vista, para volver a surgir triunfantemente al pasar junto a ellos un gran batallón de molinillos de viento, despidiéndola a su paso hacia la costa.

Martha era consciente de que estaba huyendo, pero al mismo tiempo sentía una mezcla de sensaciones que creía olvidadas: ilusión, euforia y un cosquilleo en el estómago fruto de la excitación, de saber que estaba haciendo algo irresponsable. Puso *Hallelujah* en el reproductor de CD del salpicadero y la voz *in crescendo* de Rufus Wainwright la llevó hasta el puerto de Ardrossan.